



# Prólogo

*Mal de muchos... consuelo de tontos.*

(Proverbio popular)\*

(\*) Bastante extendido, por cierto, en muchas latitudes

**C**uando yo jugaba al baloncesto en Valladolid y el presidente del club me pidió que prologara este libro para nuestro común amigo, David Pérez, pensé que se estaba «quedando conmigo».

Sin embargo, en seguida me di cuenta de que la cosa iba en serio y que estaba poniendo en mis manos la posibilidad de demostrar que un trabajo como el mío podía estar en total consonancia con una operación intelectual tan importante, como es la de poner el prólogo a un libro; e inmediatamente me puse al tajo, porque además esto era algo que, en realidad, inconscientemente, a mí me apetecía hacer desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, cuando me dijeron el título del libro, decidí que tenía que pedirle al autor un «tiempo muerto», ya que, de primeras, no podía entender con exactitud cuál era el significado del título que él había elegido para el mismo.

Acudí también a algunos de mis amigos para que ellos me ayudaran a interpretarlo y comprobé, con agrado, que todos coincidían en una misma opinión positiva. Ya era hora, me decían, de que alguien se hubiera decidido a hablar de la importancia que en el trabajo tienen aquellos que con sus indicaciones y con sus decisiones dirigen a las personas. Ya era hora, porque estos dirigentes —los jefes—, son los únicos responsables directos de los éxitos y de los fracasos de la historia de la Humanidad. De sus decisiones, de su preparación, de la manera en que se relacionan con los demás, de su forma de ejecutar y de hacer que otros ejecutemos el trabajo. Cómo ser feliz en el trabajo cuando el jefe es tonto de cada día, depende tanto el alcanzar o no



los objetivos finales, como la satisfacción diaria de quienes en estos objetivos nos estamos empeñando.

En el baloncesto, como en cualquier otro trabajo, un entrenador (un jefe) que dirija, que conozca a sus jugadores, que les motive y que les lleve a los niveles de juego planificados es alguien irremplazable en quien todos confían. Después, los resultados son —valga la redundancia— “lo que esulta” de ésta u otra actividad donde, afortunadamente para la competitividad deportiva, sólo uno alcanza, al final, los anhelados niveles del triunfo. Así es, también, en fin, la propia vida: luces y sombras que hacen y construyen la belleza de este cuadro que merece la pena ser pintado todos los días. Malo sería que quienes nos dirigen lo hicieran —como en el circo— más difícil todavía.

Muchas veces, yo mismo he estado tentado de comunicarme con los demás para decirles que no desfallezcan; que es posible sentirse bien con uno mismo en la actividad que cada uno desarrolla; que no se trata de trabajar más o de trabajar menos, sino de trabajar mejor; a sabiendas de que el trabajo —si uno lo ama, y siempre que se den una serie de circunstancias— puede llegar a ser ampliamente gratificante.

Y en una cosa estoy de acuerdo: la barrera de un jefe tonto es, aparentemente, una barrera insuperable. O mejor dicho, lo era. Porque el autor, en su libro, nos indica ya algunas «pistas» de las vías, para impedir que estos desalmados bloqueen el camino hacia el progreso, la paz, el trabajo, y la felicidad de todos los pueblos.

Por eso me decidí a escribir, con mucho gusto, este prólogo. Porque, así —creo—, estoy poniendo mi granito de arena en el entendimiento y en la mejora de las relaciones entre las personas. Y estoy demostrando, de paso y una vez más, que mi trabajo —que el deporte en general— es una forma de cultura que para nada está reñida con otras como, por ejemplo, la actividad literaria.

Además —lo confieso—, he hecho realidad un viejo sueño: el de poner mi



nombre en un texto modesto, como es este prólogo que ustedes están ahora leyendo, mientras meto un «tapón» a todos aquellos jefes estúpidos que se lo llevan mereciendo desde hace mucho tiempo.

Cordialmente,

ÓSCAR SCHMIDT BECERRA\*

\* Óscar Schmidt nació en Brasil, en 1958. Jugó en dos equipos en Italia, en un equipo español y, por supuesto, en su tierra natal. Se retiró del baloncesto activo en 2003, con 45 años, después de batir el record histórico (con 49.703 puntos conseguidos) de Kareem Abdul Jabbar. Participó en 5 Juegos Olímpicos con la selección de Brasil. Y formó parte del equipo que derrotó por primera vez a la selección de Estados Unidos en su propio terreno, ganando, además, por más de 100 puntos. Suyas son otras marcas imposibles de superar: los 196 tiros libres consecutivos convertidos en canasta, en un entrenamiento con público; o los 83 triples consecutivos sin fallar. Si alguien piensa que estos resultados (y otros muchos que no caben aquí, pues Óscar sigue en la brecha, trabajando en otras cosas, y enseñando en Brasil a los demás) son tan sólo fruto del azar o de la “madre naturaleza”, o está en la higuera, o no tiene ni idea de lo que habla.